LEÓN XIV

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles, 18 de noviembre de 2026

El viaje apostólico a Uruguay, Argentina y Perú

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Regresé ayer por la mañana a Roma tras un largo y hermoso viaje apostólico a Uruguay, Argentina y Perú. Perú, como saben, es el país donde viví muchos años, primero como misionero y luego como obispo. Argentina es la patria del Papa Francisco, y quise visitarla para encontrarme con el pueblo al que tanto amó. Uruguay es una nación donde los católicos son minoría, y es significativo que mi viaje comenzara precisamente allí.

El lema de la visita pastoral a Uruguay fue «Les traigo buenas noticias de gran alegría» (Lc 2,10). Estas son las palabras con las que, en el Evangelio de Lucas, el ángel anuncia el nacimiento de Jesucristo a los pastores de Belén. Y, en efecto, fui a ese país con el propósito de proclamar a Él, el Señor, Dios hecho hombre, que da plenitud de vida en la verdad y el amor. Me siento muy feliz porque encontré una cálida y afectuosa acogida entre el pueblo uruguayo, lo que me permitió recordarles a todos la importancia de la fe en Dios y el valor de la vida humana; y cómo la fe nos ayuda a afrontar los desafíos de la vida y a ser constructores de paz.

En Argentina, el lema era: «¡Bienvenidos todos! ¡Vayan y proclamen!» Estas expresiones hacen eco de las enseñanzas del Papa Francisco, hijo de ese gran país sudamericano. Es la visión de la Iglesia que nos ha transmitido: una Iglesia acogedora, abierta a todos, donde cada persona pueda sentirse como en casa, ser escuchada, reconocida en su dignidad, reconciliada con Dios, consigo misma y con la comunidad, valorada con sus dones y limitaciones; y, al mismo tiempo, una Iglesia plenamente misionera, que encuentra su coherencia y alegría en la evangelización. En Argentina, experimenté la participación entusiasta y unánime del pueblo santo de Dios. En este ambiente de gran afecto por el Papa —que jamás olvidaré—, los exhorté a cultivar la comunión en la riqueza de la diversidad y animé a comprometernos con la construcción de una sociedad justa y solidaria, según los principios de la doctrina social de la Iglesia.

La visita al Perú fue algo más larga, pues tengo una deuda especial de gratitud con el Pueblo de Dios que vive en ese país. El lema de esta tercera etapa fue: «¡Abramos nuestros corazones!» Para seguir a Cristo, debemos abrir nuestros corazones al Espíritu Santo, siguiendo el ejemplo de los santos. La historia del Perú no habría sido la misma sin la presencia y la obra de San Turibio de Mogrovejo, Santa Rosa de Lima, San Francisco Solano, San Martín de Porres y San Juan Macías. Junto con la fe, la esperanza y la caridad, difundieron el respeto por la dignidad humana, el sentido de la sacralidad de la vida, la reconciliación y la paz: construyeron la civilización del amor. Su testimonio sigue vivo y vigente, e incluso hoy abundan hombres y mujeres que, con el corazón abierto a Dios y al prójimo, se comprometen a construir un Perú más justo y fraterno. Fue una gran alegría para mí poder animarlos con la gracia del ministerio petrino; y también quise hacerlo conociendo personalmente, aquí y en otros países, a algunas víctimas de abuso.

En Chiclayo, en particular, me sentí como en casa. Redescubrí una fe sencilla y genuina, animada por la piedad popular; sentí el abrazo de las poblaciones rurales de la Cordillera;

pude reencontrarme con personas que han dejado una profunda huella en mi vida. Mi corazón se llenó de gratitud por estar entre esas comunidades y fortalecerlas en la fe y la esperanza. Gracias a Dios, también pude viajar a Cusco, donde aún se disfrutan los frutos de la maravillosa labor de inculturación del Evangelio llevada a cabo por los misioneros, y luego a la región amazónica, para encontrarme con esos pueblos ricos en cultura tradicional, pero heridos por la injusticia y la violencia.

Queridos amigos, al visitar las iglesias locales durante sus Viajes Apostólicos, el Papa contempla la belleza del Pueblo de Dios en su camino, a pesar de las dificultades que puedan surgir según el contexto y los momentos históricos. En todas partes, de hecho, reconocemos cómo el Espíritu Santo ayuda a la Iglesia a ser signo e instrumento de unidad, al escuchar la Palabra de Dios, al celebrar los Santos Misterios y al servicio de la caridad.

Una presencia constante que acompañó cada etapa de este Viaje fue la de la Virgen María. Esto se comprende fácilmente, porque ella fue verdaderamente parte de la historia de esos pueblos; camina con ellos, los guía y los consuela. Yo también le agradezco su protección y encomiendo a su intercesión a todos aquellos que, de mil maneras, me han acogido y apoyado en esta misión.

Renuevo mi gratitud a los obispos y autoridades civiles de los países que visité, a los sacerdotes, religiosos y a todos los fieles que me han acompañado.